

la gente de villorrios y aldeas, la ingenuidad y bondad con que se la adorna, no dejan de ser convencionales. No diré que no existe en absoluto, porque en todas partes hay gente buena y gente mala, caracteres ásperos y caracteres suaves; pero en las aldeas hay la misma mala fé que en las grandes ciudades, y tal vez me atreveré á decir que en las unas la misma corrupción de costumbres que en las otras. La corrupción de costumbres en la aldea no presenta un carácter tan franco como en la gran ciudad; pero ¿qué importa, si en realidad es la misma, escondida bajo una capa de inocencia y de mojigatería? Examine cada cual el estado de las aldeas que conozca, y se convencerá de que no me falta la razón. Pero ¡ah! ¡ha sido tan ensalzada la *inmaculada* fisonomía de las aldeas! ¡se ha querido presentar tan pura la paz de los lugares! La rutina en creer tales errores se ha hecho general, y por más que todos, durante los veranos, sepamos en las aldeas ciertas historias de mal género, todos creemos lo contrario. Además, en las ciudades los defectos tienen alguna apariencia agradable, van acompañados de ciertos atractivos, de algunos detalles bellos; en las aldeas, los defectos tienen toda su brutalidad natural. La capa de mansedumbre y de religión que los cubre, en vez de ser mística y dulce y elevada, es casi repugnante y odiosa. La poca ilustración aumenta todos esos inconvenientes: malo por malo, dadme el malo civilizado; por más que se diga, son intratables los personajes de la poesía bucólica, ó si no, á las pruebas me remito: oblíguese al poeta que haya escrito más y mejores églogas á tratar con sus *queridos é incomparables pastores*. Lo que más concedo á ciertos filósofos y á ciertos poetas, es el aislamiento,—que á pesar de todo, tiene tantos inconvenientes como la ciudad, aunque de otro género;—pero la vida en los *pequeños pueblos*, nunca. No puede acostumbrarse á esta vida el que ha probado otra. Desde lejos parece bella; las sombras solamente sirven para hacer resaltar la luz; pero acercaos á ella, y ya vereis qué pinceladas tan duras, qué rasgos tan insoportables.

Pero—me replicarán:—«si habeis dicho que las aldeas son malas, y por contraste no habeis presentado agradable la vida en las grandes ciudades, ¿qué escogerá el hombre? ¿á donde irá? ¿en dónde vivirá para vivir bien?» Voy á contestar por orden á las tres preguntas. ¿Qué escogerá el hombre? mal por mal, la ciudad; pero téngase en cuenta que, si todos hiciesen lo mismo, nadie bajaría el campo, y los pueblos no existirían y las ciudades serian imposibles. ¿A dónde irá el hombre? siempre detrás de una dicha desconocida é inexistible, condenado á creer que aquella dicha existe. ¿En dónde ha de vivir el hombre para vi-

vir bien? para vivir bien en ninguna parte; para vivir menos mal, ha de cambiar á menudo de posición, como los enfermos.

EL DOCTOR PÉSIMO.

PALOMAS

SOSPECHO que al criar Dios la paloma,
Que entre las aves toma
El rango más subido del hechizo,
Más que hacer lo que hizo,
Quiso ensayar la prueba
De otra ave rara y más hermosa, de Eva;
Pues no halla quién en verlo se detiene,
Huyendo de juzgar por la apariencia,
Más que una verdadera diferencia:
Que en aquella no hay hiel, y Eva la tiene.

MAGÍN MORERA Y GALICIA.

INFLUENCIA DE LA INDUSTRIA EN LA CIVILIZACIÓN

(Conclusión)

Los que echaban de menos las ventajas del monopolio y de la reglamentación de las industrias no tenían presente que aquellas ofendían el derecho de la generalidad, que eran contrarias al desarrollo y perfección de las artes agremiadas y contra la riqueza pública, y que no debe contarse para beneficio propio lo que es contra justicia y contra razón.

No obstante lo mucho que la gran propaganda socialista ha contrariado estas doctrinas, el hecho evidente es que en el seno de la libertad las industrias han progresado de un modo que no hay términos bastantes para ponderarlo y que, como era consiguiente, han crecido en iguales proporciones la ilustración y el bienestar de los que á ellos dedican su cooperación personal, su inteligencia y sus recursos. No creemos necesario aducir hecho alguno en comprobación de lo que acabamos de decir: basta solo fijar la vista en la diferencia que existe entre los antiguos y los modernos establecimientos, en la manera como se presentan en público los operarios, en la creación de casinos y sociedades de instrucción y recreo que, ó son exclusivamente compuestas de artesanos, ó en que preponderan, como, sino me equivoco, sucede en la nuestra misma; y en cuanto á la altura que ha alcanzado la instrucción adquirida por los individuos de estas clases, bastará